

ban invitados; y silenciosos y taciturnos unos, y alegres y soñando ilusiones los otros, cuando el sol comenzó á asomar su roja faz, irradiando sobre un cielo puro, azulado y hermoso, llegaron todos á la "Boca de Acuña," término señalado para la separación de los tres amigos.

La escolta hizo alto cuando vió que aquellos echaron pie á tierra.

—¡Mucho cuidado!—le dijo Enríquez, estrechándolo contra su pecho.

—¡Que vuelvas pronto!—agregó Carrión al abrazarlo á su vez.

El Capitán no contestó una sola palabra: permaneció al pie de su caballo mirando cómo se alejaban sus compañeros, que se prometían tanto gusto y contento en ese día, mientras él iba en pos de una ilusión también, y cuando los perdió de vista, montó sin apresurarse, hizo señal para que avanzara la escolta, y prosiguió su marcha.

IV

Ninguna novedad ocurrió en éste ni el siguiente día: el domingo á las ocho de la noche llegó á la hacienda del Cocuili, jurisdicción de Tlalixcóyam, donde tanto él como sus compañeros recibieron toda clase de atenciones de parte del dueño, el Sr. Rafael Llinas, y llegado en la mañana del siguiente á Paso de Santa Ana, cuyo Comandante militar era uno de sus antiguos amigos, D. Manuel Cházaro, revistó la caballería del Coronel González. Componíase esta fuerza de unos cincuenta ó sesenta viejos *insurgentes*: viejos por la edad, jóvenes por su robustez y energía. El antiguo campeón de la Independencia nacional había reunido á sus compañeros de aquella época, en que los tlalixcoyanos pusieron en *jaque* más de una vez al General Dávila, Gobernador de Veracruz, y á sus soldados, españoles ó *chaquetones*, y contribuyeron terri-

blemente al triunfo del invicto General Bravo en la famosa jornada del 29 de Julio de 1812, en las goteras de la ciudad.

El viejo Coronel recibió del Capitán el revólver Colt que como un obsequio le enviaba Lazcano, y cuando hubo probado sus muelles y reconocido el calibre, sólo pronunció estas palabras, sin fanfarronería ni afectación, que retrataban al hombre:

—Como regalo, se lo agradezco, y mucho: como arma ofensiva..... ¡hem!..... me atengo más á mi viejo *machete*, que ni ha *marrado* nunca, ni me hace quedar mal. Figúrese vd., *Capitancito*,—prosiguió poniendo la pistola en su carcaj—que durante la guerra contra los gachupines no se dió jamás el caso de que al que yo le *metiera mano* se quedara vivo para contarlo.

El Capitán lo escuchaba atento, admirando á aquel sexagenario, que más parecía un hombre de cuarenta y cinco ó cincuenta años, tan fuerte tan atlético, tan lleno de vida y salud, y que á primera vista revelaba bondad y energía suma; y luego que le hubo entregado las órdenes de que era portador, para que con su gente se trasladara á Santiago Tuxtla, le pidió el permiso correspondiente para proseguir su marcha.

El Coronel González lo acompañó hasta Cotaxtla, refiriéndole durante el camino porción de anécdotas y de hechos de armas que tuvieron lugar en aquellas comarcas en la época de la *insurgencia*, retirándose en seguida. El Capitán pernoctó unas horas en aquella población, y al siguiente día, muy temprano, llegó á "Cueva Pintada:" ya en este punto, y después de tomar el desayuno con su antiguo amigo D. Francisco Dozal¹ reunió á su gente antes de salir, y les dijo:

—"Muchachos: desde ahora estamos en terreno enemigo,

¹ D. Francisco Dozal, comerciante español radicado antes en Veracruz, y el mismo de quien se hace referencia al enarrar lo relativo á Alvarado. Comprometido en el asunto del ganado, tuvo que emigrar del puerto, yéndose á "Cueva Pintada," donde se estableció con una tienda de abarrotes.

y toda precaución es poca: no nos la echemos de valientes sino cuando sea necesario; y si bien conozco todavía parte del camino, me son del todo desconocidas las gentes. Si tropezamos con alguna fuerza francesa ó de traidores siendo poco más ó menos como la nuestra, atacamos, y si son muchos nos defendemos, pero procurando avanzar siempre, jamás retroceder. Con uno de nosotros que llegue á Jalapa, y diga al Coronel Milán lo que les expliqué en Tlacotalpam antes de salir, es bastante." Ahora tú, Rosas,—prosiguió designando á un morenillo de los que iban en la escolta—adelántate con cuatro hombres para que sirvan de avanzada: si algo se presenta que merezca la pena, mándame avisar luego: donde el terreno se preste marcharemos siempre á media rienda." ¡Adelante!

El sargento Rosas tomó los cuatro hombres, y avanzó unas quinientas varas.

El resto de la expedición prosiguió la marcha de la misma manera, yendo á la cabeza el Capitán y su ayudante. Prudencio y el huatusqueño marchaban á retaguardia.

Poco ántes de llegar al Angostillo, uno de los dragones de la avanzada regresó á todo escape. El Capitán y los suyos corrieron á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó llegando á su lado y sin detenerse.

—Una fuerza como de quince hombres viene hacia acá, Capitán; y el que parece jefe se adelanta solo.

—Debe ser Escobar con su guerrilla. Vamos á verlo.

Y sacando su pistola avanzó á toda brida, seguido de los demás, hasta incorporarse á la descubierta.

En efecto, á menos de tiro de fusil una fuerza de caballería irregular, una guerrilla mejor dicho, estaba formada en batalla cruzando el camino, y un hombre solo avanzaba hácia la fuerza republicana.

El Capitán X..... desmontó su pistola, volviéndola al carcaj, y fué al encuentro del desconocido.

Caminaba éste al paso de un magnífico alazán de hermosa estampa, que braceaba con sumo garbo y elegancia. El ginetete no llevaba ninguna arma en la mano: en la diestra portaba un ligero *bejuco*, á guisa de fute, y con la izquierda dirigía hábilmente su cabalgadura: á la cabeza de la silla llevaba colgada una espada-sable, completamente forradas empuñadura y cubierta, y al lado contrario, al de la garrocha, una magnífica reata de lazar, cuyo color demostraba su uso.

Momentos después llegaron casi á tocarse las cabezas de ambos caballos que se replegaron violentamente sobre el cuarto trasero al ser detenidos por los ginetes.

—¿El Capitán Escobar?—interrogó X..... mirando fijamente al desconocido.

—Servidor,—contestó el interpelado.—¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Soy el Capitán X..... Secretario de campaña y Ayudante del señor Coronel Lazcano, Jefe de la línea militar de So-tavento.

Ambos interlocutores hicieron avanzar un poco más á sus cabalgaduras, y se estrecharon fuertemente la mano.

Escobar era, en efecto, Capitán de una guerrilla levantada entre los rancheros de la Soledad y de sus contornos. Joven aún, de regular estatura, bien desarrollada musculación y una mirada viva y penetrante, todo revelaba en él actividad, fuerza y valor. Tal cual se presentaba, ya sin llevar consigo una fuerza armada, cualquiera lo habría tomado por un viajero pacífico, ajeno á la lucha que entonces se iniciaba en el país.

—Como vd. verá, compañero,—prosiguió X..... después de haberle entregado un pliego que Escobar leía, compartiendo su atención entre la lectura y las palabras del Capitán,—voy á desempeñar una comisión de interés cerca del Gobernador del Estado; y como debo llegar, á más tardar, mañana á medio día, seguiremos nuestro camino.....

—Por mí no quede; ¡adelante!—interrumpió Escobar, po-

niendo su caballo al trote para proseguir la conversación—venía revisando el camino; pero voy á servirle de guía hasta “Vacas Gordas.”

—Gracias: yo habría llegado de todas maneras, pues tengo la dirección del camino; pero.....

No pudo proseguir de momento: la escolta pasaba á su lado para agregarse á la guerrilla Escobar, y éste y aquél tuvieron que salir al galope para ponerse al frente.

—Pues sí,—continuó el guerrillero—aunque hubiera vd. llegado, habría sido inútil: ya no está allí la comandancia militar.

—¿Cómo? ¿Ha abandonado el punto Molina?

—Precisamente: el lugar, pero no el punto.

Escobar refirió sucintamente que tres días antes las fuerzas de Molina, de Domínguez y la suya, todas reunidas, habían atacado un convoy en Paso del Muerto; que habían derrotado la fuerza francesa que lo custodiaba, y que después de incendiar los carros, habían llevado el cargamento á Vacas Gordas; pero que temeroso Molina de que la caballería de Dupin diera con ellos, se había internado en la parte más inaccesible y remontada del bosque, y allí había establecido su despacho militar.

—Por supuesto,—agregó luego que pudo respirar—que el lugar donde ahora está no lo encuentran ni con linterna. Honorato se ha marchado rumbo abajo, yo me he internado hacia Cotaxtla, y Molina con su pequeña guerrilla está en el bosque custodiando los efectos aprehendidos; y hemos hecho esto para no dejar ni rastro: luego, cuando esos bandidos estén desorientados y se vuelvan á la Soledad, nos renniremos de nuevo, tanto para hacer el reparto de lo que nos toca, como para volver á disponer un nuevo golpe.¹

¹ Con arreglo al decreto que fundó la creación de las guerrillas, del monto total del valor de los efectos que aprehendieran se hacían cinco partes, una de las cuales correspondía al jefe de la guerrilla, dos al personal de ésta, y las dos restantes al Fisco federal para auxilio de las tropas regulares que se hallaran en el punto más inmediato.

—Con mayor motivo celebro entonces el encuentro, compañero, porque es seguro que no sólo no hubiera dado con el escondite, sino que hubiera perdido un tiempo que no me pertenece. ¿Vamos á media rienda?—le preguntó luego de un momento de silencio.

—Por toda respuesta Escobar alzó la de su caballo, y segundos después se perdían oficiales y soldados en medio de una espesa nube de polvo, más ó menos densa, según el terreno que pisaban los caballos.

El silencio era completo: nadie osaba pronunciar una palabra, lo cual era difícil hacer sin tragarse una buena porción de polvo, y sólo se oía el resoplar de las cabalgaduras, cuya ley quedaba perfectamente comprobada, pues parecía que acababan de emprender la marcha, después de treinta horas de estar sobre el camino.

Las primeras sombras de la noche luchaban con la ya débil luz del sol al hundirse en el ocaso, cuando oficiales y soldados, después de haber abandonado el camino carretero pasando á campo travieso sobre *milpas* ya *pixcadas* y *dobladas*, llegaban á los linderos de una *ceja de monte*, tan espeso y cerrado, que sólo una persona práctica, conocedora de su secreto podía penetrar en él sin temor de perderse en el intrincado laberinto de veredas que por doquiera serpenteaban. Ya en los linderos, el Capitán Escobar detuvo un momento su caballo, y después de dirigir la vista en distintas direcciones:

—Por aquí,—dijo, lanzándose á buen paso hacia la izquierda.

Los demás lo siguieron sin decir una palabra. El Capitán X..... que iba á su lado fijaba su atención en la vereda que se prolongaba á su frente blanquecina y tortuosa, cual si quisiera retener en su memoria la dirección que seguía. Veinte minutos después la noche había cerrado completamente, y la luz de la luna llena que comenzaba á iluminar nuestro planeta, apenas si difícilmente podía pasar á través del espeso follaje que sobre su cabeza se levantaba. Así anduvieron por

espacio de una hora, cuando repentinamente un sonoro ¡quién vive! seguido de ese rumor seco y metálico que denuncia la excelencia de los muelles de un fusil ó de una carabina al tiempo de prepararla, detuvo á la cabalgata por un solo y unánime movimiento.

—¡República!—contestó Escobar con no ménos poderoso acento.

—¡Alto!—fué la orden inmediata.

Nadie se movió del punto que ocupaba.

Momentos después se percibió distintamente el paso de algún jinete que se acercaba cautelosamente sin dejarse ver.

—¿Capitán Domínguez?—Interrogó una voz robusta, que parecía salir de la arboleda.

—No, Comandante: Escobar, Maximino.

—Adelante, compañero: ahora sí conozco la voz.

Escobar avanzó solo, y pasados unos minutos regresó acompañado de otro jinete, caballero en un magnífico tordillo rodado. Era el Comandante militar del punto de "Vacas Gordas," que vigilaba personalmente por la seguridad de sus subordinados. Durante la corta entrevista que con él había tenido Escobar, éste le había informado de quién era el Capitán X..... y el objeto que llevaba.

—Señor Capitán:—le dijo, después de saludarlo—cuando lleguemos á mi cuartel puede vd. pedirme lo que necesite para continuar su marcha. Soy servidor de la Nación, y para ella y para mis compañeros tengo cuanto poseo.

V

Era el Comandante Molina un rico hacendado de aquellas comarcas, que jamás había abandonado las labores del campo para ocuparse de la política; pero desde la "Guerra de Tres años" dió pruebas de ser un buen liberal, patriota sincero y honrado ciudadano; y cuando la Intervención francesa se enmascaró en los célebres "Tratados de la Soledad," ofreció

sus servicios al General Llave, quien lo recomendó, para utilizarlos, al Jefe del Ejército de Oriente. Desde entonces, tanto él como sus cinco hijos se consagraron al servicio de la patria; y, nombrado Comandante militar de "Vacas Gordas," levantó una guerrilla á cuyo frente hostilizó constantemente al enemigo.

Era un hombre de más de cincuenta años, pero de una robustez y agilidad que hacían creer que apenas contaría cuarenta. De elevada estatura, bien presentado, ágil en sus movimientos, todo indicaba gran virilidad, y esa energía muy común en las gentes dedicadas á las labores del campo: su mirada era viva, firme y penetrante, sin revelar ninguna pasión que lo dominara; pero la constante movilidad de sus ojos dejaba adivinar que sería terrible en los momentos de excitación ó de entusiasmo. Blanca enteramente la cabeza, tenía un aspecto simpático, imponente y respetable.

Durante la corta travesía que hizo hasta llegar á lo que llamaba "su cuartel," puso al corriente al Capitán del golpe atrevido y audaz que pocos días antes había dado á un convoy francés; el mismo de que ya le había hablado Escobar; suplicándole que lo disimulara si lo recibía bajo tan tristes circunstancias para ser atendido mejor, pero que su seguridad y la de los intereses á él confiados así lo exigían.

En efecto, cuando hubieron llegado al cuartel, pudo convencerse el Capitán X..... de que no había habido exageración por parte de Molina ni por la de Escobar, de como le habían pintado el lugar de su residencia.

En un claro del frondoso bosque, bien hacia el centro, había hecho levantar un inmenso galerón construído con horcones y palmas; y allí, hacinados en el más completo desorden, se veía una gran cantidad de bultos, cajas y fardos de distintas formas, clases y tamaños. Era el botín de guerra quitado pocos días antes al enemigo.

Alrededor de la galera yacían acostados en unos *petates* veinte hombres, cuyas armas estaban arrimadas al rústico

muro, y ensillados y enfrenados se veían también, al lado de cada guerrillero, sus respectivos caballos.

Sólo estaba en pie el anciano Molina.

Un grueso velón de sebo alumbraba apenas aquella estancia, y cualquiera que sin estar en antecedentes hubiera penetrado allí, habría tomado aquel lugar por una guarida de bandoleros que custodiaban el fruto de sus latrocinios.

El Capitán Escobar, luego que hubo recomendado al Comandante militar al Capitán X.... volvió grupas con los suyos para regresar al lugar de su residencia.

—Muy confiado me parece vd., Comandante,—dijo X..... á Molina luego que él y su gente echaron pie á tierra.

—Aquí tenemos perfecta seguridad,—contestó aquél, yendo hacia uno de los hombres que dormía, y despertándolo en seguida.—Sobre todo,—continuó volviendo á su lado—no tememos ninguna traición: de toda esa gente que ve vd. ahí, cinco son hijos míos, y los demás colonos de mis tierras. Voy á preparar un poco de tasajo y de café *clarín* para vdes., y á hacer que traigan los dos caballos que me ha pedido para remudar. Son las ocho de la noche, puede descansar un par de horas, y á las diez saldrá llevando de guía al más joven de mis hijos, á quien acabo de despertar. Con que, á descansar un momento, que bien lo necesitan.

Así se hizo: entretanto que los dragones desensillaban sus cabalgaduras, y Prudencio hacía lo mismo con la del Capitán, Molina, auxiliado de su hijo, preparó el pobre refrigerio ofrecido: y media hora más tarde, acostados sobre sus mantas, y con las monturas por almohada, todos dormían, excepto el Capitán, que sólo descansaba en aquella incómoda postura.

El silencio era profundo, apenas tristemente interrumpido por esos rumores tenues y desconocidos, peculiares al campo, y que parecen anunciar la vida y crecimiento de la vegetación.

VI

—Ya es hora, Capitán,—murmuró Molina al oído del Secretario del Jefe de la línea militar, que se incorporó inmediatamente.—He despertado á su gente y está lista para marchar.

El Capitán, ya de pie, consultó su reloj á la espléndida luz de la luna, que brillaba en toda su hermosura. Eran, en efecto, las diez de la noche. Prudencio le había ensillado su caballo, y sin decir palabra montó. Un joven como de diez y seis años estaba á su lado, sonriéndole amigablemente.

Era el hijo de Molina; el que le había ofrecido como guía.

—Puede vd. tener plena confianza en él, como si yo mismo fuera: no voy personalmente, porque los muchachos están rendidos y cansados, y no quiero desprenderme de aquí para velar mientras ellos duermen.

En seguida, tropa y oficiales se despidieron afectuosamente de aquel excelente anciano á quien no debían volver á ver jamás, y siguiendo al guía emprendieron la marcha.

VII

El terreno que recorrían era sumamente quebrado. Aquella pequeña fuerza, silenciosa y atenta á cuanto su vista podía alcanzar, atravesaba terrenos de labor, subiendo y bajando cuestras y lomas á todo el andar de sus cabalgaduras, hasta que, de repente, se encontraron en un camino amplio y plano que siguieron en línea recta, después de haber oblicuado algo á la izquierda. Media hora pasó, y el tiempo había transcurrido sin sentirlo. El Capitán tomó la hora en su reloj.

—La una y media de la mañana,—dijo al guía que marchaba á su lado.

—Dentro de media hora estaremos sobre el camino real para pasarlo por "Tío Tonche,"—contestó el joven.

Fueron las primeras palabras que se cruzaron entre uno y otro; puede decirse que fué la primera vez que se interrumpió el silencio entre los de la cabalgata. Las segundas fueron para manifestar que habían llegado al camino carretero.

—¿Ve vd. aquella faja blanquizca que se divisa todavía un poco lejos?—preguntó el guía dirigiéndose al Capitán.—Pues ese es el camino real. Ahora, permítame vd. que vaya yo solo á ver si podremos pasar, y volveré para avisar á vd.

El Capitán y sus soldados hicieron alto, y el guía se adelantó á buen paso, perdiéndose á poco entre las sombras proyectadas por la arboleda que bordaba en ambos lados el camino vecinal que seguían.

—Mi Capitán,—dijo Rojas en voz baja.—¿Tiene vd. confianza en ese muchacho?

—Debo tenerla, porque es hijo del Comandante Molina. Sin embargo,—agregó después de una corta pausa—pasaremos el camino pie á tierra, llevando los caballos de la brida y las armas dispuestas para cualquier evento. Vd. irá á la cabeza llevando á ese joven á su lado: luego seguirán Rosas y la tropa, uno tras otro para no presentar fondo compacto, y yo con Prudencio iré á retaguardia. Como dije ayer tarde, si somos descubiertos ó nos venden, poca ó mucha la fuerza contraria, atacamos avanzando: la cuestión es que uno de nosotros llegue á Jalapa. En cuanto al guía, hará vd. que ajuste su paso al suyo, y si pretende avanzar al ser atacados, lo despacha vd. de un pistoletazo. Me inspira confianza, pero no lo conozco, y vamos jugando la vida.

—Pierda vd. cuidado, Capitán,—respondieron todos á una voz.

El guía regresó en esos momentos.

—Vamos,—dijo—el camino está solo; apenas se distinguen á derecha é izquierda las fogatas de los campamentos franceses; y en cuanto á la caballería que los vigila, no hay ni rastro de ella. Probablemente Dupin se habrá retirado á su cuartel de “La Soledad.”

Todos se pusieron en marcha: al llegar á los linderos del camino, hicieron alto para disponer la travesía, y el paso se efectuó con toda felicidad en el orden que había dispuesto el Capitán, distinguiéndose efectivamente á lo lejos las luminarias que determinaban el lugar donde acampaban las tropas francesas, entre el “Camarón” y “Paso del Macho,” en su marcha para incorporarse al ejército franco-traidor que sitiaba á Puebla.

El guía se despidió después de haberlos acompañado hasta “Mata-Coyote,” cuya variación en el itinerario aconsejó se hiciera; y habiendo descansado un cuarto de hora en San Jerónimo Zentla, á las cinco de la tarde entraron en Huatusco, donde la gente se les rodeó al hacer alto en la casa del Comandante militar, cuyas señas había pedido el Capitán al primer transeunte que encontró al penetrar en las calles de la población.

Era el Comandante militar el Lic. D. Francisco Hernández y Hernández, que prestaba sus servicios como soldado de la República.

VIII

En los momentos casi en que el Gobernador y Comandante militar del Estado, rodeado de sus ayudantes, iba á tomar asiento á la mesa, á eso de las dos de la tarde del día siguiente al en que el Capitán X... llegó á Huatusco una pequeña fuerza de caballería hizo alto á la puerta del “Hotel Veracruzano,” en Jalapa. Un oficial que portaba las presillas de Comandante de Escuadrón salió inmediatamente á reconocerla, y el que parecía Jefe de ella se adelantó hacia él, preguntándole en seguida:

—¿El señor Coronel Milán?

—Pase vd.....

—¡Vd. por aquí, Capitán!—interrumpió el mismo Milán, que en persona iba á recibir al que por él preguntaba.

—Yo, mi Coronel,—contestó el interrogado, que era el Ca-

pitán X..... como habrán sospechado los lectores.—Asuntos del servicio y asuntos particulares. Vengo en nombre del señor Coronel Lazcano, y deseo hablar á solas con vd.

—Pues vamos primero á comer, y hablaremos un momento: salgo esta misma tarde para Huatusco.

Eran, en efecto, los recién llegados el Capitán X..... y su escolta, que habiendo pernoctado apenas tres horas en Huatusco la noche anterior, se pusieron en camino luego que la luna resplandeció brillante en el firmamento. La travesía se efectuó sin más novedad que haberse encontrado en la hacienda de Tuzamápam con una autoridad remisa en el cumplimiento de sus deberes: un reaccionario recalcitrante; y á causa de esto, aquél hubo de retardar la prosecución de su marcha más de dos horas, tiempo muy superior al que se necesitaba para proporcionar á la escolta dos caballos que era indispensable remudar.

Y su marcha era ya tanto más violenta, cuanto que, en las primeras horas de la mañana, encontró al llegar á “La Junta,” la brigada que al mando del General D. Mariano Camacho se dirigía á Huatusco, por orden del mismo Gobernador, quien, según informes, debía seguirlos inmediatamente después, para emprender el camino hacia la costa de Sotavento.

Se ve, pues, que á pesar de aquel retardo, llegó con toda oportunidad al punto final de su destino.

Un ayudante del Gobernador condujo á la escolta al cuartel del “Vecindario,” para que se alojara y fuera atendida por la autoridad militar local, y el Capitán X....., después de dar un abrazo á su antiguo Jefe y á sus compañeros de armas que formaban el Estado Mayor del primer Magistrado del Estado, tomó asiento á la mesa para satisfacer las exigencias de su estómago que ya se hacían sentir demasiado.

La comida fué alegre y animada, refiriéndose unos á otros los acontecimientos que habían tenido lugar en la campaña durante los dos años transcurridos.

Al servirse el café, el Coronel Milán ordenó su salida para

las tres de la tarde, y los ayudantes se retiraron para prepararse: cuando quedaron solos, se dirigió al Capitán:

—Así, pues, ¿quiere vd. marchar para Puebla? le dijo con tono afectuoso.

—Es mi intención, si vd. me lo permite.

—Con mucho gusto lo haría si ello fuera posible, pero es inútil que lo intente. Todo el camino, desde Amozoc, está ocupado por el enemigo, y el sitio completamente perfeccionado. Intentar penetrar á Puebla es exponerse á hacerse matar, ó cuando menos á ser prisionero de guerra, sin combate y por consiguiente sin gloria. ¿Quiere vd. permanecer á mi lado?—le preguntó tras un momento de silencio.—Estoy formando el “Primer activo del Estado” á las órdenes del Teniente Coronel Posadas. Vd. será el Mayor de ese cuerpo.

—Gracias, mi Coronel—contestó el Capitán.—El Coronel Lazcano ha previsto el caso, y exigido de mí que si no podía pasar á Puebla, regresaría á su lado: no puedo, pues, aceptar sin que falte á mi palabra.

—Pues no hablemos más del asunto: yo debo estar allá dentro de quince días, y Hevaré á vd. su despacho de Comandante de Batallón.....

—Mil gracias de nuevo, señor. Ahora, si vd. me lo permite, hablaremos del asunto principal que aquí me ha traído.

El Gobernador se dirigió á su habitación seguido del Capitán.

Una vez dentro y cerrada la puerta, X..... entregó un pliego al Coronel, quien lo leyó atentamente, pudiendo notarse que durante la lectura más de una vez frunció el entrecejo, demostrando así el disgusto que le causara algo de lo que leía. Luego, el Capitán en breves palabras lo puso al tanto de la situación financiera que guardaba la costa, el buen espíritu que reinaba entre sus hijos en favor de la defensa del territorio nacional, y lo poco peligrosos que serían los trabajos de los descontentos, ahora que él, el Gobernador, tenía conocimiento de quiénes eran ellos.